

GEORGINA GARCÍA GUTIÉRREZ, *Los disfraces: la obra mestiza de Carlos Fuentes*. 2ª ed., El Colegio de México, México, 2000; 214 pp.

A casi veinte años de su primera edición (1981) aparece la reimpresión del estudio, agotado desde hace tiempo, de Georgina García Gutiérrez sobre Carlos Fuentes. La autora sólo agrega una introducción distinta (que por lo mismo convenía fechar) que le da hoy, como lo comentaremos adelante, un mayor relieve a la veta fantástica de los textos de Fuentes. Desde este primer libro, el interés de García Gutiérrez por la obra de Fuentes no ha cesado: lo testimonian los numerosos ensayos que ha publicado sobre varias de sus novelas (*Terra nostra*, *Cristóbal Nonato*) y, sin duda, su excelente edición crítica de *La región más transparente* (Cátedra, Madrid, 1981), la primera novela que Fuentes publica (1958).

Cuando aparece *Los disfraces: la obra mestiza de Carlos Fuentes* por primera vez, el escritor tiene publicadas ya varias novelas, novelas totalizadoras y ambiciosas que buscan, por medio de vastos frescos, una comprensión histórica y cultural de México. Sin embargo, la elección de Georgina García Gutiérrez, para este primer acercamiento a la obra de Fuentes, no recayó en estas novelas: decidió, con buen tino a mi parecer, centrar la investigación en sus inicios literarios; lleva a cabo, en efecto, un estudio muy pormenorizado —con un llamativo aparato de notas que hoy día podría haberse aligerado, integrando buena parte al texto— de su primer libro de cuentos, *Los días enmascarados*, publicado en 1954, un libro entonces agotado y prácticamente ignorado por la crítica (sólo se reedita en 1982 a casi treinta años de su primera edición), y de la hermosa *nouvelle*, *Aura*, publicada en 1962, una obra, escribió poco después Octavio Paz, “macabra y perfecta a un tiempo”.

La celebridad que proporcionan a Fuentes sus polémicas novelas, a partir de *La región más transparente*, parece haber relegado a un segundo plano sus primeros relatos que encierran sin embargo, como se demuestra exhaustivamente en el último capítulo de *Los disfraces...*, “Lo oculto y lo aparente”, muchas de las semillas de sus obras futuras: allí empieza el joven Fuentes su fructífera reflexión sobre el “ser nacional”, como se decía entonces, sobre México y su historia, y el manejo en la ficción de la coexistencia de tiempos distintos en el presente de México, lo cual explicaría, por ejemplo, la permanencia, como un sustrato vivo y enterrado, del pasado prehispánico. Se trata de una idea que Fuentes desarrollará en su narrativa futura y en forma ensayística años después en *Tiempo mexicano* (1971). Pero sin lugar a dudas la lectura más crítica y política de este desenmascaramiento de la historia del país, y de los individuos a que alude el título programático de su primer libro, la llevará a cabo en sus grandes novelas. Por otra parte, la reflexión sobre la “mexicanidad” en la ficción de Fuen-

tes está estrechamente vinculada a la filosofía de lo mexicano que tenía curso en esos años con obras centrales como el libro de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*, y sobre todo, como lo apunta en varios momentos de su estudio Georgina García Gutiérrez, con un referente esencial para el primer Fuentes, *El laberinto de la soledad*, publicado por Octavio Paz cuatro años antes, en 1950.

Las virtudes de este primer libro de Fuentes no se limitan a anticipar temas: tal vez lo más distintivo de su primer libro es el corte fantástico e imaginativo en que toman cuerpo estas inquietudes e intereses. Importa recordar y destacar hoy esta elección literaria de Fuentes ya que con ella se convierte en uno de los tempranos cultores del género fantástico en México, en un momento dominado todavía por el realismo y por lo que él mismo llama “disyuntivas engañosas” en un ensayo reciente, incluido en *Geografía de la novela* (F.C.E., México, 1993). Al referirse a los obstáculos y dogmatismos que obstruían el camino de los jóvenes que empezaban a escribir en la década de los años cincuenta, sintetiza de la siguiente manera estas “tres exigencias simplistas” o “tres dicotomías innecesarias”, como las llama también: “1. Realismo contra fantasía y aun contra imaginación. 2. Nacionalismo contra cosmopolitismo. 3. Compromiso contra formalismo, artempurismo y otras formas de la irresponsabilidad literaria”. Y agrega: “[estas disyuntivas...] eran parte del maniqueísmo ambiente de la época. Hoy, cuatro décadas más tarde, esas opciones, como tantas otras, se han desvanecido. Vale la pena plantearlas de nuevo, no sólo como acto de higiene literaria, sino también, por qué no, como exorcismo de obstáculos a la literatura que, sin embargo, no habría sido lo que fue sin la necesidad de vencerlos, por eso las evoco hoy, al recordar algunos viejos textos escritos a partir de 1954 y *Los días enmascarados*” (p. 14). No es de extrañar que el libro fuera mal recibido y condenado, recuerda también Fuentes, “por todas las razones implícitas” en estas exhortaciones y por las “demandas, excesivas, polarizadas y paradójicas” que, además, amenazaban paralizar al escritor en ciernes (p. 15).

Quizás tampoco sea ajena a esta veta inventiva elegida por Fuentes en *Los días enmascarados* y después en *Aura*, su lectura del Borges de *Ficciones* en los años cuarenta, cuando vive en Buenos Aires, años en que escriben también Bioy Casares y José Bianco, y en que se difunde ampliamente la *Antología de la literatura fantástica* compilada en 1940 por Borges, Bioy y Silvina Ocampo, antología que le infunde nueva vida al género en Argentina y en Hispanoamérica. Asimismo, no es casual que la *Revista Mexicana de Literatura*, que Fuentes funda poco después con Emmanuel Carballo, abra muy pronto sus páginas a algunos de los mejores autores de la literatura fantástica rioplatense.

En la nueva introducción y en la cuarta de forros que escribe Georgina García Gutiérrez para esta reedición, destaca ahora con

mayor énfasis este carácter en las obras analizadas, “representativas de lo fantástico y de los juegos de la imaginación”. Los análisis son sin embargo los mismos que señalaban ya en esos textos los desdoblamientos de identidad, la otredad, las rupturas inquietantes de la causalidad, las metamorfosis y reencarnaciones, los juegos con el tiempo, entre otros recursos propios de lo fantástico.

¿Por qué entonces este cambio de acento o esta imperceptible rectificación? Tal vez porque la lectura final de *Los días enmascarados* y de *Aura* desemboca, en el capítulo al que hemos aludido (“Lo oculto y lo aparente”), en un planteamiento fundamentalmente histórico, político, moral y cultural de los rostros superpuestos de México, de esas “máscaras” que ahogan la verdadera identidad. Si bien es cierto que esta tarea crítica es esencial en las novelas de Fuentes que se comentan e integran en los comentarios finales (*La región más transparente*, *Cambio de piel*, *La muerte de Artemio Cruz*, *Terra nostra*), una tarea que tiende al desciframiento exhaustivo de los símbolos históricos y culturales de la “mexicanidad”, hay que admitir que en los textos analizados en *Los disfraces* es prioritaria, como lo destaca ahora Georgina García Gutiérrez, la veta imaginativa, y queda en sordina o en tono menor la problemática nacional.

“En esos relatos —escribe García Gutiérrez al principio de este capítulo final— Fuentes abre las vías por las que incursionará en lo oculto en el futuro” (p. 165). “Lo oculto” sería por lo tanto el punto de unión que enlaza cuentos, novela corta y novelas. Sin embargo, lo que se llama aquí, de manera general, “lo oculto”, parece tener en Fuentes distintas manifestaciones que conviene tal vez matizar a partir precisamente del género en que toma cuerpo. En los cuentos, el pasado oculto de México (prehispánico e imperial) que hace su aparición de manera sorpresiva como una fuerza amenazadora (en “Chac Mool”, en “Tlactocatzine, del jardín de Flandes” o en “Por boca de los dioses”) contribuye a crear el misterio y el efecto fantástico del relato. Esta fantasía, enraizada en lo autóctono, inaugura por cierto un recurso literario que si hoy parece agotado o fechado, dio algunos buenos cuentos: pienso en José Emilio Pacheco en México y también en un cuento de Julio Cortázar, “La noche boca arriba”, que pertenece al volumen *Final del juego* (publicado en México precisamente en los años cincuenta). Por otra parte, en *Aura*, que tiene su origen, o uno de sus orígenes como lo muestra García Gutiérrez, en un cuento anterior de Fuentes, “Tlactocatzine, del jardín de Flandes”, está sin duda presente el trasfondo histórico nacional, la superposición de tiempos históricos distintos, pero que existen en lo que llama “lo oculto”, sobre todo en otras dimensiones más universales del ser como el amor, la muerte, la locura, y que se encuentran en distintas literaturas y tradiciones que entroncan con lo sagrado. Como lo apuntó Paz en su ensayo sobre Fuentes, “La máscara y la transparencia” (y se refiere

principalmente a *Aura*): “Por el amor Fuentes se asoma a la muerte; por la muerte, al territorio que antes llamábamos sagrado o poético y que en nuestros días carece de nombre. El mundo moderno no ha inventado palabras para designar a la otra vertiente de la realidad” (*Corriente alterna*, Siglo XXI, México, 1967, p. 49). Asimismo en un texto muy posterior (y posterior en todo caso a *Los disfraces: “Aura. Cómo escribí algunos de mis libros”*), el escritor dio a conocer las múltiples fuentes de *Aura*, que incluyen cuentos tradicionales japoneses, óperas, la poesía amorosa de Quevedo y varios libros mencionados por la crítica: Michelet (*La bruja*), Henry James (*Los papeles de Aspern*), el *Paraíso perdido* de Milton, la *Dama de corazones* de Puskin.

En el fondo, esta diferencia de acento en la apreciación actual de los textos primerizos de Fuentes que hace Georgina García Gutiérrez en su nueva introducción responde tal vez a la lectura que hoy privilegiaría la autora. La dimensión imaginativa cultivada por Fuentes hasta la fecha —véase su más reciente novela, *Instinto de Inez* (2001)— coexiste con novelas más ambiciosas y críticas sobre México. En las últimas páginas de su estudio, en 1981, la autora se refería certeramente a dos estilos de narración en Fuentes, a dos tipos de obra también: el que tiende a la “condensación o síntesis (los cuentos o novelitas)” y el que busca “el despliegue o suma”, “la mirada totalizante” (p. 207), que le permite “agotar —develar— el muestrario completo de las máscaras mexicanas” (p. 189) y que corresponde obviamente a las novelas. Pero ambos estilos configuran finalmente “una poética que reúne fantasía, política y creación artística” (p. 13). La relectura de *Aura* y de algunos de los cuentos de *Los días enmascarados* comprueba la vigencia de estos textos, la hermosura de algunas de sus páginas que nos acercan tal vez a la prosa más secreta e intensa de Fuentes.

ROSE CORRAL
El Colegio de México